

NAVIDAD FANTASMAL

Era una casa muy grande, encima de una colina, en un pueblo muy remoto de un país que no era china. Vivían en la casona cuatro fantasmas felices que a nadie molestaban ni asustaban porque no había a quien asustar ni incordiar, ni ganas que tenían de hacerlo.

Ellos eran felices paseando por la casa a cualquier hora sin que nadie intentara hacharlos de allí y sin que nadie diera gritos de terror al verlos.

Pero todo cambió para los cuatro fantasmas de la casona encima de la colina el día en que una nueva familia: papá, mamá, dos hijos, la abuela, un perro, un gato, un periquito y tres macetas de geranios... se mudaron a la casa y acabaron con la paz y la tranquilidad de la fantasmagórica casona. Al principio estaban los fantasmas tan preocupados y asustados que decidieron irse a vivir al desván y no dejarse ver ni oír por los nuevos habitantes, pero estar allí todo el día y toda la noche era muy aburrido sobre todo para unos fantasmas que nunca duermen.

De modo que, al poco tiempo, empezaron a salir un ratito cada noche para dar un paseo por la casa y estirar un poco las sábanas; eso sí, de uno en uno para no llamar la atención. Poquito a poquito, y viendo que no pasaba nada, los fantasmas se decidieron a salir más a menudo y al cabo de unos meses hasta salían de día aunque, claro está, sin dejarse ver por la familia no fuera a ser que les diera por llamar a una de esos medios o midius o médiums o como se llamen que asustaban a los fantasmas con sus horrosas túnicas y sus cosas raras.

Pasaron, pues, las semanas sin más problemas que aguantar unos cuantos ladridos del perro, que el gato los mirara fijamente cuando pasaban a su lado, algo de música estruendosa, peleas de los niños y una abuela que ponía a toda pastilla el volumen del televisor porque era un poco sorda y no quería perderse los cotilleos de la televisión. Los fantasmas seguían sin soportar a los humanos y todo el ruido que armaban pero, vaya, parecía que quizás fuese posible vivir todos juntos, eso sí, ignorándose los unos a los otros.

Los fantasmas llegaron a pasárselo en grande en Halloween con aquella maravillosa decoración de calabazas, murciélagos, brujas y demás cosas terroríficas y todos aquellos niños disfrazados de monstruos. Durante esos días los fantasmas disfrutaron como nunca y hasta se atrevieron a salir de la casa y dejarse ver por todo el mundo.

Como era Halloween nadie se daba cuenta de que eran fantasmas de verdad y la gente, al verlos pasar, les felicitaba por sus estupendos disfraces. Sí señor, todo iba bien, estupendamente bien...

Hasta que llegó la Navidad y se lio la parda. A los viejos fantasmas de la gran casona no les gusta la Navidad ¡qué se le va a hacer! No porque les pareciera cursi (que si les parecía), ni porque pensaran que era ñoña (que lo pensaban), ni porque creyeran que los villancicos eran horrorosos (que lo creían), ni porque opinaran que la decoración era espantosa (que lo opinaban).

A los viejos fantasmas de la vieja casona no les gustaba la Navidad porque... porque... ¡Pues porque no les gustaba y nada más! Y cuando más se acercaba la Navidad más gruñones se volvían y más refunfuñaban y más se quejaban y más protestaban y más insoportables se ponían.

Finalmente se reunieron en el desván donde vivían desde que tenían compañía en la vieja casona y, tras mucho hablar y mucho discutir, decidieron pasar a la acción y declararles la guerra a la Navidad. Iban a hacer lo posible para que no hubiera adornos ni villancicos ni dulces navideños ni nada de nada de nada que oliera a esas fiestas.

Y llegó el día en que toda la familia se puso en marcha para llenar la gran casona de adornos navideños: guirnaldas en puertas y paredes, calcetines en la chimenea, velas en las mesas, figuritas de Papá Noel por todos lados, un precioso árbol en el salón. La casona fantasmal se llenó de luz y olor a Navidad.

Ese día, a los fantasmas les salió una horrible urticaria debido a la alergia que todo esto les provocaba y, tras pasarse todo el día rascándose sin parar, decidieron que era el momento de actuar. Se pusieron unos guantes de

goma y quitaron todos los adornos navideños que pudieron y volvieron a meterlos en sus cajas... y el árbol se lo llevaron tal cual al jardín.

Pero a la mañana siguiente, una vez superada la sorpresa y el susto, los niños, sus papás y la abuela volvieron a colocarlo todo en su sitio.

Los fantasmas no se rindieron y esa noche, llenos de picores y con los guantes puestos, volvieron a recoger todos los adornos navideños... y el árbol lo llevaron al sótano.

Cuando la familia despertó y se encontró con todo recogido ya no se sorprendió ni se asustó tanto. Enseguida les había quedado claro que tenían fantasmas antinavideños en casa pero eso no les iba a impedir celebrar la Navidad, faltaría más.

Es decir, que ellos tampoco se iban a rendir así que vuelta a empezar con toda la decoración por tercera vez. Y los fantasmas volvieron a recogerlo y llevaron el árbol al tejado.

Y la familia volvió a colocarlo todo en su sitio. Y los fantasmas lo quitaban todo. Y la familia volvía a colocarlo.

Que la mamá encendía el horno para preparar galletas o pasteles navideños, iban los fantasmas y lo apagaban.

Que la abuelita ponía villancicos, pues los fantasmas los quitaban.

Que los niños escribían cartas a Papá Noel o los Reyes Magos, los fantasmas se las escondían.

Y así día tras día. Hasta que todos, familia y fantasmas, acabaron agotados y aburridos de quitar y poner, de poner y quitar. Lo habían hecho tantas veces y estaban tan cansados que, en alguna ocasión, incluso se equivocaron y lo hicieron al revés: la familia quitó los adornos y los fantasmas colocaron.

Una mañana el papá decidió que lo mejor sería hablar con los dichosos fantasmas y llegar a algún acuerdo o se iban a pasar la Navidad quitando y poniendo cosas. Como no sabía

qué hacer para hablar con ellos se le ocurrió que lo mejor era llamarlos a gritos desde el salón de la gran casona.

Y los fantasmas, cansados, enfurruñados y llenos de urticaria, fueron apareciendo uno a uno dispuestos a acabar con aquello de una vez por todas. Estuvieron hablando horas y horas y más horas.

Y hablando y hablando descubrieron los fantasmas que aquella familia les caía bien y la familia descubrió que aquellos fantasmas no eran tan antipáticos como creían... pero seguían sin encontrar una solución a su problema. O seguían con su particular guerra, de la que están hartos, o se iban los fantasmas, que no tenían la menor intención, o se iba la familia, que tampoco tenía la menor intención, o se rendían unos o se rendían los otros y ni los otros ni los unos querían rendirse.

¿Cómo iban a solucionar aquello?

Y pensaron y pensaron y siguieron pensando hasta que por fin a uno de los niños se le ocurrió una idea estupenda. ¿Y si hacían de Naviween o Hallowidad? Si mezclaban ambas fiestas y adornos de las dos quizás les gustara más a los fantasmas y dejarían de tener urticaria.

Y tras meditarlo todos durante un rato decidieron que no pasaba nada por probar... Y eso hicieron. Entre todos, fantasmas y humanos, adornaron el árbol combinando las bolas de todo la vida con pequeñas calabazas y mezclando espumillón con telas de araña. Hicieron guirnaldas con muérdago y murciélagos.

Pusieron figuritas de fantasmas sonrientes vestidos de Papá Noel y Papá Noel montado en una escoba de bruja. Y así con todos los adornos navideños, haciendo una mezcla de lo más curioso. Se prohibieron los villancicos porque daban dolor de cabeza a los fantasmas pero en cambio los fantasmas les enseñaron unas canciones muy divertidas y unos dulces muy curiosos.

En fin, que aquellas Navidades lo que se dice Navidades no parecían pero divertidas lo que se dice divertidas lo eran un rato y todos se lo pasaron en grande.

En realidad les gustó tantísimo tanto a los humanos como a los fantasmas que, a partir de entonces, en la gran casona de la colina de un país que no era china, al llegar el invierno, se preparaban con entusiasmo para celebrar Naviween o Hallowidad o como quieras llamarlo.

PABLO SOTO, 12 AÑOS
Huelva